

**ANALES DEL INSTITUTO
DE ESTUDIOS MADRILEÑOS**

ANALES DEL INSTITUTO
DE
ESTUDIOS MADRILEÑOS

TOMO XLIII



CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS
MADRID, 2003

Anales del Instituto de Estudios Madrileños publica anualmente un volumen de más de quinientas páginas dedicado a temas de investigación relacionados con Madrid y su provincia. Arte, Arqueología, Arquitectura, Geografía, Historia, Urbanismo, Lingüística, Literatura, Sociedad, Economía y Biografías de madrileños ilustres y personajes relacionados con Madrid son sus temas preferentes. *Anales* se publica ininterrumpidamente desde 1966.

Los autores o editores de trabajos o libros relacionados con Madrid que deseen dar a conocer sus obras en *Anales del Instituto de Estudios Madrileños* deberán remitirlas a la secretaría del Instituto, calle Duque de Medinaceli, 6, 28014 Madrid; reservándose la dirección de *Anales* la admisión de los mismos. Los originales recibidos son sometidos a informe y evaluación por el Consejo de Redacción, requiriéndose, en caso necesario, el concurso de especialistas externos.

DIRECCIÓN DE ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS:

PRESIDENTE DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS: José Portela Sandoval (UCM).

PRESIDENTE DE LA COMISIÓN DE PUBLICACIONES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS: Alberto Sánchez Álvarez-Insúa (Instituto de Filosofía, CSIC).

SECRETARIO DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS: Rufo Gamazo Rico (Cronista de Madrid).

CONSEJO DE REDACCIÓN:

Alfredo Alvar Ezquerro (CSIC), Luis Miguel Aparisi Laporta (Instituto de Estudios Madrileños), Eloy Benito Ruano (Real Academia de la Historia), José del Corral Raya (Cronista de Madrid), Ricardo Donoso Cortés y Mesonero Romanos (UPM), María Teresa Fernández Talaya (Fundación Madrid Nuevo Siglo), José Fradejas Lebrero (UNED), José Montero Padilla (UCM), Manuel Montero Vallejo (Catedrático de Enseñanza Media, Madrid), Alfonso Mora Palazón (Ayuntamiento de Madrid), M.^a del Carmen Simón Palmer (CSIC).

CONSEJO ASESOR:

Enrique de Aguinaga (UCM; Cronista de Madrid), Carmen Añón Feliú (UPM), Rosa Basante Pol (UCM), Fernando Chueca Goitia (Instituto de España), Francisco de Diego Calonge (CSIC), Manuel Espadas Burgos (CSIC), María Pilar González Yanci (UNED), Miguel Ángel Ladero Quesada (UCM), Jesús Antonio Martínez Martín (UCM), Áurea Moreno Bartolomé (UCM), Leonardo Romero Tovar (Universidad de Zaragoza), José Simón Díaz (UCM), Virginia Tovar Martín (UCM), Fernando Terán Troyano (UPM), Manuel Valenzuela Rubio (UAM).

I.S.S.N: 0584-6374

Depósito legal: M. 4593-1966

SUMARIO

	<u>Págs.</u>
Memoria	
<i>Memoria de actividades del Instituto de Estudios Madrileños</i>	11
Presentación	
<i>En el centenario de Isabel la Católica</i> , por ALFREDO ALVAR	25
Artículos	
<i>Madrid y las reformas de Carlos III</i> , por FERNANDO CHUECA GOITIA ..	33
<i>Urbanismo, demografía y pobreza en Madrid. La parroquia de San Sebastián, 1578-1618</i> , por MIGUEL ÁNGEL GARCÍA SÁNCHEZ	45
<i>Materiales para una toponimia de la provincia de Madrid (III)</i> , por FERNANDO GIMÉNEZ DE GREGORIO	85
<i>Iconografía madrileña de Francisco Asenjo Barbieri, Ramón de la Cruz, Federico Chueca y Ricardo de la Vega</i> , por LUIS MIGUEL APARISI LAPORTA	119
<i>Convento de Mercedarias Descalzas, llamado Don Juan de Alarcón</i> , por M. ^a TERESA FERNÁNDEZ TALAYA	159
<i>Las primeras plazas arboladas y ajardinadas en el Madrid del siglo XIX</i> , por CARMEN ARIZA MUÑOZ	171
<i>Puentes y barcas en el Real Sitio de Aranjuez</i> , por PILAR CORELLA SUÁREZ	191
<i>Madrid, punto de concentración de mercaderes laneros durante el siglo XVII</i> , por MÁXIMO DIAGO HERNANDO	239
<i>La hostería madrileña en los comienzos del siglo XVII</i> , por JOSÉ DEL CORRAL RAYA	291
<i>Muchachas que trabajan (Madrid, 1944)</i> , por CARMEN MEJÍAS BONILLA	311

	<u>Págs.</u>
<i>Arqueología en la prensa de Madrid</i> , por JAIME CASTILLO GONZÁLEZ	335
<i>Dialectalismos madrileños en el Quijote de Avellaneda</i> , por JOSÉ BARRROS CAMPOS	345
<i>Nexos causativos en el habla de Madrid</i> , por CECILIA CRIADO DE DIEGO	359
<i>Completando las obras sueltas de Narciso Serra</i> , por JOSÉ FRADEJAS LEBRERO	385
<i>Las mujeres en los episodios nacionales (series 3.^a, 4.^a y 5.^a)</i> , por AMPARO APARISI LAPORTA	399
<i>Ramón Gómez de la Serna, políticamente incorrecto</i> , por ENRIQUE DE AGUINAGA	449
<i>Resumen de la obra poética de Emilio Carrere en sus antologías</i> , por ALBERTO SÁNCHEZ ÁLVAREZ-INSÚA y JULIA MARÍA LABRADOR BEN	469
<i>Sinesio Delgado y la España Decimonónica</i> , por JOSÉ MANUEL GONZÁLEZ FREIRE	497
<i>Madrid: La cultura de la Segunda República (libros, periódicos y revistas)</i> , por RUFO GAMAZO RICO	527
<i>Ramón Gómez de la Serna, escritor en periódicos</i> , por JOSÉ MONTERO PADILLA	541
<i>Noticias sobre la vida y obra de Sebastián de Benavente: monumento de Semana Santa para el convento de Santa Isabel de Madrid</i> , por MARÍA FERNANDA PUERTA ROSELL	553
<i>El hidalgo madrileño don Francisco del Campo, sumiller de cava de la Reina Mariana de Austria y el inventario de sus bienes (1690)</i> , por JOSÉ LUIS BARRIO MOYA	567
<i>Un público burgués para la literatura popular</i> , por JESÚS A. MARTÍNEZ MARTÍN.....	589

Notas

<i>Guadarrama < Aquae Dīrrama</i> , por JESÚS RODRÍGUEZ MORALES	609
<i>Don Quijote, espejo de amistad</i> , por LUIS LÓPEZ JIMÉNEZ	615
<i>Homenaje a Miguel Fisac. El muy ilustre hijo de Pumarejo de Tera</i> , por RUFO GAMAZO RICO	617

Reseñas de libros

APARISI LAPORTA, LUIS MIGUEL, <i>La Casa de Campo. Historia documental</i> , por JOSÉ FRADEJAS LEBRERO	621
--	-----

	<u>Págs.</u>
CEPEDA ADÁN, JOSÉ, <i>Madrid de Villa a Corte. Un paseo sentimental por su historia</i> , por MANUEL MONTERO VALLEJO	622
FERNÁNDEZ MONTES, MATILDE (ed.), <i>Vallecas, historia de un lugar de Madrid</i> , por MANUEL MONTERO VALLEJO	623
<i>Jornadas sobre el Fuero de Madrid</i> , por MANUEL MONTERO VALLEJO ...	623

Necrológicas

<i>Enrique Pardo Canalís</i> , por FRANCISCO JOSÉ PORTELA SANDOVAL	627
<i>José Manuel Miner Otamendi</i> , por JOSÉ MONTERO PADILLA	629
<i>Antonio Domínguez Ortiz</i> , por ALFREDO ALVAR	631

MADRID: LA CULTURA EN LA SEGUNDA REPÚBLICA (LIBROS, PERIODICOS Y REVISTAS)

POR RUFO GAMAZO RICO

Secretario de la Mesa de Cronistas de Madrid

La desaparición de la censura primoriverista abre las publicaciones a la información y al comentario políticos en detrimento de los temas literarios que han de encontrar acomodo en revistas de nueva creación. Se nota también el cambio en la proliferación de libros políticos. En cuanto a los literatos, se advierte que los más conocidos siguen sus trayectorias: poetas, novelistas y dramaturgos cultivan sus predios, a veces con desesperante rutina. Otros se han dejado ganar por la política como «modus vivendi» («bonus modus»). De esto se duele en su tertulia Ramón Gómez de la Serna: «La República y sus intelectualoides olvidó ese mundo que cultivaba el ideal, lo olvidó mas que nadie, y premió a los intelectuales reborondos, perezosos en butacas inglesas, premiosos de estilo y de investidura lejanos a la nidada de esos pasajeros de la calle que son los que podían hacer otro romanticismo literario». Puede parecer hiperbólica —la hipérbole es el gran juego de Ramón— esta pesimista interpretación del momento literario. En todo caso, es coincidente con opiniones de otros críticos que se confiesan desolados. En un artículo publicado en «El Sol», José María Alfaro achaca la parvedad editorial de aquellos años a la atonía de la vida española y a la política. «Al escritor —afirma— le sedujeron sirenas que no cantaban en papel impreso. La política le brindó nuevos escabeles y el escritor cantó la palinodia de la entrega; se desvinculó de las musas...».

No todos aspiraban a directores generales o a secretarios de ayuntamiento, como algunos amigos de Ramón Gómez de la Serna; algunos aceptaron la política como servicio al pueblo o, caso de Alberti, como profesión de un ideal revolucionario. Federico García Lorca, en plena madurez creativa, y Alejandro Casona que irrumpe con fuerza en la literatura, alternan sus tareas culturales en los pueblos con el trabajo de escribir. Un repaso —inevitablemente limitado— de la producción editorial nos permitirá juzgar mejor la presunta sequedad de los autores o, por el contrario, concluir que se vivió un verdadero renacimiento.

POESÍA

Recién estrenada la Segunda República, aparece el 23 de mayo, Federico García Lorca que publica el «Poema del cante jondo», en gran parte conocido desde 1921; en 1935 da a la imprenta «Llanto por Ignacio Sánchez Mejías». El madrileño Pedro Salinas se asoma a las librerías en 1931 con «Fábula y signo», y en 1934, con «La voz a ti debida», uno de los más perfectos poemas de amor de nuestra lírica; la crítica más responsable lo acogió con entusiasmo. En la revista «Diablo mundo» escribe Dámaso Alonso: «El poema de Pedro Salinas es la obra de un profundo e íntimo poeta; profundo por el pensamiento que, denso siempre, tiene súbitos aletazos iluminadores, relámpagos que penetran un cosmos, encerrados muchos en la encarnadura de verso que más ceñida y limpiamente podría expresar; íntimo, por el sentimiento delicioso, variado y de sorprendente sensibilidad para la captación de los sentimientos más recónditos». De Pedro Salinas son también «Razón de amor» (1936) y «Amor en vilo» (1937). En 1934 ve la luz «La destrucción del amor», de Vicente Aleixandre, Premio Nacional de Literatura. Luis Cernuda, autor en 1933 de «La imitación de la poesía», recibe en 1936 un homenaje por la publicación de «La realidad y el deseo»; le acompañan numerosos poetas y pronuncia el discurso Federico García Lorca. Dos nuevos libros consolidan la fama de Antonio Machado: «Últimas lamentaciones de Abel Martín» (1933) y «Juan de Mairena. Sentencias, donaires, apuntes y recuerdos de un profesor apócrifo», del que ya había sido publicado una parte en «Diario de Madrid» y el resto en «El Sol». Por estos años aparecen en la librerías «Verde voz», de Félix Ros; «Tertulia de campanas», de Alejandro Gaos y «El llanto subterráneo» de Emilio Prado. Se ha registrado un gran poeta, Miguel Hernández, afortunado co-honestador de la actividad política y la poesía; estos libros avalan su alta calidad: «El rayo que no cesa» (1936) y «El hombre acecha» (1939). Tres mujeres cierran la relación: Concha Espina con «Entre la noche y el mar»; la duquesa de Medina Sidonia, con «Romances» y Carmen Conde con «Júbilos», prologado por Gabriela Mistral.

LA NOVELA

¿Se publicó alguna gran novela en estos años? La respuesta es no. La crisis del género es desoladora; la producción es poca y, en general, de escasa importancia. De todos los novelistas que habían logrado renombre, solamente Pío Baroja y Unamuno aportan alguna novedad. En 1934 don Pío publica «Las noches del Buen Retiro». Una vez más, toma de Madrid escenarios, figuras, vida, como ya hiciera en «La busca» con «La mala hierba» y en decenas de obras. En «Las noches del Buen Retiro» evoca un

Madrid noctámbulo que se divierte en los jardines del mismo nombre, restos del Real Sitio. Habían resistido la especulación escandalosa que dio origen al hermoso Barrio de los Jerónimos. Pero en 1905, el Ayuntamiento, desafiando las protestas de los madrileños, decidió enajenarlos; desaparecieron los copudos árboles, el pequeño teatro, el quiosco de la música... y se levantó el Palacio de Comunicaciones y algún edificio más. Don Pío Baroja había frecuentado aquel alegre recinto que recuerda con estas palabras:

«Para mucha gente de la burguesía los jardines del Buen Retiro ofrecían el atractivo de poder conocer allí a personas de la aristocracia, a quienes en el invierno no podían ver ni tratar por su existencia más rumbosa. Durante el verano se corrían las escalas de la sociedad, de la buena y de la mediana, y la burguesía, grande o pequeña, se acercaba a la aristocracia antigua y moderna, a la de los títulos pomposos y a la plutocracia, de valores auténticos.»

Esta novela no es la única de don Pío en la época republicana: en 1932 publica «La familia Errotacho», «El cabo de las tormentas» y «Los visionarios»: en 1935, dos de carácter histórico, «Crónica escandalosa» y «Desde el principio hasta el fin»; y en 1936 «El cura de Monión».

Novedad es, aunque sólo en parte, la edición de «San Manuel Bueno, mártir y tres historias más» (con prólogo), de don Miguel de Unamuno. El madrileño Enrique Jardiel Poncela, aunque volcado en la producción teatral, escribe una sorprendente novela «La «tournee» de Dios», recibida con opiniones contrapuestas; ya la dedicatoria «A Dios, que me es muy simpático» escandaliza a los bienpensantes, pero nadie duda de la buena intención del ingenioso y original escritor. Entre otras novelas de aquella época que merecen ser recordadas, podemos citar las siguientes: «Zumalacárregui» y «Escenas junto a la muerte» (1931), «Lo rojo y lo azul» (1932), «Fauna contemporánea» (1933), «Tántalo» (1935) y «Cita de ensueños» (1936), de Benjamín Jarnés; «La noche de las cien cabezas» (1934) y «Mister Witt en el Cantón» Premio Nacional de Literatura 1936, de Ramón José Sender; «Agonía y tres novelas más» (1931), «Evocación de Laura Estébanez» (1933) y «Saturno y sus hijos» (1934), de J. Benavides; «A la orilla de un pozo» (1936), de Rosa Chacel; «Marcha atrás» y «El hombre de los abrazos» (1933), de Samuel Ros; «Arco iris» (1934), de Mariano Tomás; «Los galgos» (1934), de Pedro Caba; «Un intelectual y su carcinoma» (1934), de Mario Verdaguer. En este mismo año de 1934 se lanzan a la novela tres escritores que habían cultivado otros géneros literarios: Antonio de Obregón con «Hermes en la vía pública»; Andrés Carranque de Ríos con «Uno» y Ricardo Gullón con «Fin de semana».

EL ENSAYO

Abundan los ensayos más en periódicos y revistas que en libros. Para don José Ortega y Gasset *no supone demérito el ser ensayista de periódico*. Lo explica: *«En nuestro país ni la cátedra ni el libro tenían eficiencia social... Quien quiera crear algo —y toda creación es aristocracia— tiene que acertar a ser aristócrata en la plaza. He aquí por qué, dócil a mi circunstancia, he hecho que mi obra brote en la plaza intelectual que es el periódico»*.

Aunque no abundaran los libros de ensayo (crítico, social, filosófico, histórico, etc.), la calidad de algunos aconseja una consoladora ojeada por las librerías de aquellos años. Ortega y Gasset continúa su tarea y alumbró nuevos tomos de «El espectador»; además publica «En torno a Galileo» (1933) y «La historia como sistema». En 1933 aparece «Raíz y decoro de España», de Gregorio Marañón; se trata, como apunta el autor en el prólogo, de una colección de ensayos de los que el primero, «Los deberes olvidados» obtiene notable repercusión en medios literarios y políticos.

Ernesto Giménez Caballero, prolífico ingenio madrileño, se embarca en una etapa nueva por la temática, el estilo y el talante, y publica los siguientes títulos: «Trabalenguas sobre España» (1931), «La nueva catolicidad», «Genio de España» y «Arte y Estado» 1932. En 1933 gana el premio del Concurso Nacional de Literatura con su libro «El Belén de Salzillo en Murcia». Ramiro de Maeztu recoge en un libro «Defensa de la Hispanidad» (1934), ensayos publicados en los tres años precedentes y en los que propugnaba «la rehabilitación de la hispanidad en el porvenir» mediante la revivificación de sus valores: Patria, creencias, idioma, cultura. Ingenioso pensador y fino escritor, José Bergamín da a las librerías «El cohete y la estrella» (1932), «Mangas y capirotos» y «La cabeza a pájaros» (1934). Antonio Espina aporta un gracioso título «El nuevo diantre» (1934), y Antonio Marichalar agavilla diez años de crítica literaria en «Mentira desnuda» (1933). Con la vista puesta en el centenario del Fénix de los Ingenios, Joaquín de Entrambasaguas publica «Una guerra literaria del Siglo de Oro. Lope de Vega y los preceptistas aristotélicos». Luis Astrana Marín contribuye a la celebración del acontecimiento con «Vida turbulenta de Lope de Vega», y Diego de San José, con «En las llamas del Fénix». Por último, aceptándolo como ensayo en sentido lato, recordemos el libro de Secundino Zuazo Ugalde «Arquitectura contemporánea en España».

LA HISTORIA

Un notable historiador, el marqués de Villaurrutia, muere en 1933. Buen diplomático, académico de la Real de la Historia; ni un año sin li-

bro pudo ser su lema. Se esforzó en la interpretación de situaciones históricas indagando en las pasiones de los protagonistas; casi siempre logró aproximarse a las verdaderas causas de algunas conductas políticas; en todo caso, fue honesto en la búsqueda y selección de datos. Publicó cerca de cincuenta libros; fueron los últimos: en 1931, «Fernando VII, Rey absoluto: la ominosa década de 1823 a 1833» y «Fernán Núñez el embajador»: en 1932, «La Reina Cristina de Suecia y los españoles». La reciente caída de la Monarquía dio pie a algunos libros sobre la dinastía destronada: en elogio de los biografiados, «Doña María Cristina de Habsburgo, Reina Regente de España», por el conde de Romanones, y «La historia del reinado de Alfonso XIII», por Melchor Fernández Almagro; de crítica severa, «España bajo los Borbones», de Manuel Ciges Aparicio. Dos interesantes biografías son «Cisneros», de Luis Santa Marina, y «Miguel Servet», de José Goyanes.

La historiografía madrileña se vió enriquecida con las aportaciones de dos funcionarios municipales: en 1933 Federico Carlos Sainz de Robles da a las librerías «Historia y estampas de la Villa de Madrid» (dos tomos), la valiosa documentación gráfica, cuidadosamente seleccionada, se acompaña de incisivos pies y agudos comentarios del autor. Aunque sea ajeno a la temática madrileña, merece ser citado este libro del mismo autor, «Elipando y san Beato de Liébana», (1935). Por su parte, Antonio Asenjo, cofundador de la Hemeroteca Municipal, dio a la imprenta en 1933, «La prensa madrileña a través de los siglos. Apuntes desde el año 1661 al 1925».

LA POLÍTICA

Como era de esperar, fueron numerosos los libros de tema político publicados en Madrid, a lo largo de los primeros cinco años de la Segunda República. La cantidad no siempre va acompañada de la calidad. De los más importantes hemos seleccionado unos pocos: En primer lugar, «En el poder y en la oposición», colección de discursos pronunciados por Manuel Azaña, de 1932 a 1934; «Desde la prisión de Montjuich» (Cartas de Fermín Galán). «Posibilismo socialista en la democracia», de Francisco Largo Caballero; «Catolicismo y República», de Eugenio Vegas y Latapié; «La voz de un perseguido», de José Calvo Sotelo; «La Republica agoniza», de Juan B. Verruga; «Los defectos de la constitución de 1931», de Niceto Alcalá Zamora; «Dos años de agitación política», de Basilio Álvarez; «Catolicismo y República Española», de Melchor Fernández Almagro; «La senda roja», de Julio Álvarez del Vayo; «La experiencia del poder», de Marcelino Domingo; «Bajo el signo de la Revolución» (1935), de Rafael Salazar Alonso; «Lo que aprendí en la vida», de Ángel Pestaña; «El mo-

mento de España», de Enrique Mariné; «Discurso a las Juventudes de España» y «¿Fascismo en España?» de Ramiro Ledesma Ramos. El historiador y periodista Antonio Ramos Oliveira confiesa su credo político en «Nosotros los marxistas» (1932).

EL MUNICIPIO

En su deseo de contar con la opinión de técnicos y periodistas especializados, la Casa de la Villa convoca anualmente concursos de ideas sobre temas concretos del pasado, presente y futuro de Madrid. Algunas convocatorias se deben a los últimos ayuntamientos monárquicos; con buen acuerdo, los republicanos decidieron continuar y publicar las memorias premiadas, labor que lógicamente fue encomendada a la imprenta Artes Gráficas Municipales. Estos fueron los autores y obras:

José Paz Maroto, «El Madrid futuro. Medidas para propulsar el desarrollo de Madrid y de garantizar su existencia futura en el rango de gran capital europea», (1931). En el mismo año, es premiado un trabajo de A. García Menéndez con el mismo título. Pedro Gómez Aparicio, redactor de «El Debate»; «Madrid, germen de la gran ciudad» (1932) y «La Hacienda Municipal del futuro. Bases para establecer un régimen de transición pre-autonómico de la Hacienda Municipal madrileña» (1934). J. Lorite Krámer, «Informe sobre el Plan General de Extensión» (1932). J. Ortega, «La Sanidad Municipal» (1933). A. López Baeza, «El paro obrero y sus remedios» (1933). J. del Campo, «Lope de Vega en Madrid» (1935), Carlos Bonet, redactor de «La Libertad», «Hacia el Madrid que necesitamos» (1932), «El problema del agua en Madrid» (1935) e «Historia del Ayuntamiento de Madrid» (1936). C. de Rivero, «Historia de la imprenta de Madrid» (1935).

LOS PERIÓDICOS

Dieciséis diarios se vocean en Madrid cuando se proclama la Segunda República. Si tenemos en cuenta la alta tirada de los más prestigiosos y el número de analfabetos, podemos suponer que la lectura diaria del periódico se había convertido en hábito de muchos madrileños. Los dieciséis diarios recibieron el nuevo régimen con definido talante, pero todos, en libertad. Desde el 9 de febrero de 1931, no había censura de prensa, y los diez y seis diarios ya eran otras tantas «plazas abiertas» —feliz definición de Ortega y Gasset— desde las que se informa, se comenta, se chismorrea, se aconseja, se polemiza... La batalla de cada día se libra en la plaza del periódico con distintos objetivos; los diarios que defendieron la perviven-

cia de la Monarquía, propugnarán la destrucción de la República; los que combatieron el régimen monárquico hasta derrocarlo, se afanarán en la defensa y consolidación de la legalidad republicana. La dura pelea periodística termina el 18 de julio de 1936, al quedar únicamente los contendientes de un bando. Incautados los periódicos de la derecha el 20 de julio, «La Libertad» puede asegurar sin miedo a equivocarse: «Todos los periódicos de Madrid, al servicio del pueblo». Aunque sea con brevedad, recordemos la peripecia de la prensa a lo largo de aquellos años.

ABC.—Fundado como semanario en 1903 por Torcuato Luca de Tena y Alvarez Osorio; diario a partir del 1 de junio de 1905. Monárquico de vocación e insobornable ejercicio, liberal, cuidadoso de la corrección gramatical de los textos, fiel a su fórmula periodística. En 1936 era su director Juan Ignacio Luca de Tena; subdirector, Alfonso Rodríguez Santamaría; editorialista, José Cuartero; dibujante y comentarista de humor, Sirio. Ante la Segunda República proclama «ABC» fidelidad a los principios monárquicos y lealtad a la dinastía: «Seguimos y permanecemos donde estábamos: con la Monarquía constitucional y parlamentaria», afirma el 14 de abril; y dos días después, una valiente afirmación: «Seguimos creyendo que España es monárquica, por historia, por raíz y por espíritu». Pagaría cara su fidelidad; la República debe defenderse de sus enemigos, previene Manuel Azaña. El 10 de mayo, en protesta por una reunión en el Círculo Monárquico Independiente, grupos de energúmenos intentan asaltar el edificio de Prensa Española que es defendido por la Guardia Civil; Juan Ignacio Luca de Tena fue detenido y encarcelado y el periódico, suspendido hasta el 5 de junio. Con ocasión de los sucesos del 10 de agosto de 1932, sufrió otra larga suspensión. De su edificio e instalaciones se incautó el Gobierno del Frente Popular; «ABC» es convertido en diario republicano y de sus talleres sale «Milicia popular». Recuperó edificio, instalaciones y línea política el 29 de marzo de 1939. Faltaron a la cita el subdirector Alfonso Rodríguez Santamaría y otros diez y ocho periodistas asesinados al comienzo de la guerra civil. Durante los primeros años de la Segunda República, «ABC» continuó convocando sus ya famosos premios. El «Mariano de Cavia» fue concedido a los siguientes autores: en 1931, a César González Ruano, por su artículo «Señora: ¿se le ha perdido a usted un niño?»; en 1932, a Pedro Massa por «Sardana en la montaña y sardana en la ciudad»; en 1933, a Mariano Tomás, por «El parque del recuerdo»; en 1934, a Eugenio Montes, por «un país en torno a un ataúd»; en 1935, a José María Pemán por «Nieve en Cádiz». Fueron galardonados con el premio «Luca de Tena» Ramiro de Maeztu, 1931; Fermín Mugueta, (1932); Francisco Casares, (1933); Pedro Murlane Michelena, (1934) y Pedro Massa (1935). En los años de la guerra los premios fueron discernidos por «ABC» de Sevilla.

El Debate—Debe su creación al abate de Berio, Basilio Álvarez y su consolidación como gran diario a don Ángel Herrera, su director durante una larga etapa que comenzó en 1911. Periodista, maestro de directores y creador de una escuela de Periodismo, Herrera Oria supo sentar las bases de una gran empresa periodística. «El Debate» fue un diario católico, vaticanista, defensor de la doctrina social de la Iglesia, indiferente a las formas de gobierno. En 1931, dirigido por Francisco de Luis, acepta la legalidad republicana. En el tono «catequético» que tanto molestaba a Manuel Azaña, afirma el 15 de abril: «Fieles a las enseñanzas que nutren nuestra convicción (suena a «praeceptis salutaribus moniti»), lealmente acatamos el primer Gobierno de la República, porque es gobierno; es decir, porque representa la unidad de la Patria, la paz y el orden». En el mismo número ofrece un cumplido elogio al Rey exiliado, «Un gran patriota... que ha dado a España veintinueve años de paz»; teniendo en cuenta que no ha dimitido ni abdicado, concluye: «Don Alfonso sigue siendo Rey de España». Muy pronto, el anticlericalismo radical de la política republicana provoca la reacción del diario católico que, en mayo de 1931, es suspendido juntamente con «ABC». Vísperas de la aprobación de la Ley de Congregaciones Religiosas, sufre otra suspensión, esta vez de catorce meses. En julio de 1936, el jefe del Gobierno ordena a petición de Marcelino Domingo, la incautación de los periódicos —cabeceras, edificios e instalaciones— «ABC», «El Debate», «Ya», «Informaciones» y «El Siglo Futuro». Dejan de publicarse «El Debate» y «Ya» y con sus máquinas se imprimen «Política», de Izquierda Republicana y el diario comunista «Mundo Obrero». Numerosos redactores, empleados y obreros de la Editorial Católica fueron asesinados en los primeros meses de la guerra. Con la victoria de los nacionales, reapareció «Ya»; sorprendentemente «El Debate» publicó un solo número.

La Época.—Era el decano de los diarios madrileños. Fundado en 1849, monárquico, conservador y aristócrata. Cumplió varias etapas bajo la dirección de los dos primeros marqueses de Valdeiglesias, dos excelentes periodistas; el segundo, Alfredo Escobar escribió unas interesantes memorias, «Setenta años de periodismo». «La Época» no se pregonaba ni vendía en la calle; se distribuía entre los suscriptores. Defendió a la monarquía y al Rey don Alfonso XIII, y frente a los secesionistas catalanes, proclama la necesidad de la unidad de España. El 20 de julio de 1936, el gobierno se incautó del periódico que fue suprimido; de su imprenta comenzó a salir «El sindicalista».

El Siglo Futuro.—Fundado por el Director de la Prensa Carlista, Cándido Nocedal, este diario católico salió por primera vez, a la calle el día de San José de 1875. Defensor irreductible de los principios del Tradicionalismo y del dogma católico. En 1931 se hizo cargo de su dirección Manuel

Senante. Recibió a la República reafirmandose en su radical antiliberalismo al mismo tiempo que manifestaba su oposición al comunismo y al sistema de partidos políticos. Sufrió largas suspensiones y en julio de 1936, el gobierno se incautó de sus instalaciones que ya habían ocupado los sindicalistas para la publicación de «CNT» que dirige J. García Pradas. A partir del 21 de octubre se edita un diario, en prosa y romance, del Madrid asediado, de Antonio Agraz. En los mismos talleres se imprime desde 1937, «Castilla libre».

El Imparcial.—En 1867, Eduardo Gasset y Artime funda en su propia casa del Paseo de Recoletos, este diario que pronto llegaría a ser uno de los mas leídos de España. Liberal, bien escrito. En 1874 creó el suplemento literario «Los lunes de El Imparcial», cuya dirección fue confiada a «Fernanflor». Cinco años después, se hizo cargo José Ortega y Munilla. Alcanzó gran prestigio gracias a su excepcional pléyade de colaboradores. Según Azorín, este diario significó la cumbre de la fama periodística: «Diario de más autoridad —dice— no se había publicado jamás en España». A pesar de su lealtad de muchos años a la monarquía, aceptó el régimen republicano. «Nuestra derrota como monárquicos-reconocía el 14 de abril- ha sido enorme». Presumía con razón, de ser el diario de mayor circulación, pero abandonado de su clientela, terminó por desaparecer.

El Liberal.—Como una rama desgajada de «El Imparcial», salió a la luz pública en 1879. Diario republicano moderado, fue fundado por Miguel Moya al frente de un grupo de periodistas veteranos. Preocupado por aumentar la tirada, busca en el sensacionalismo y en los anuncios «psicálípticos» la captación de lectores. En 1931, bajo la influencia de Azaña, se manifiesta republicano, radicalmente antimonárquico y zafio en sus acusaciones contra el exiliado rey. Luis de Tapia animaba cada número con sus coplas. Fue su último director Manuel Rosón, desapareciendo de la circulación con la entrada de las tropas de Franco en Madrid.

Heraldo de Madrid.—De la mano del célebre Felipe Ducazcal, periodista, empresario teatral, duelista, jefe de la «Guardia de la porra», se presentó en los quioscos esta publicación vespertina de signo independiente. Al año siguiente falleció el director. Pronto perdió el diario su independencia política al servicio de José Canalejas, su director en la sombra. Contaba entonces con un buen equipo de periodistas y se puso a la cabeza de los periódicos mas vendidos. En la década de los veinte del pasado siglo, asumió la dirección Manuel Fontdevilla, periodista catalán que le dio nuevo impulso. Siempre de tendencia liberal, se adscribió con entusiasmo al régimen republicano, cuya victoria en las urnas había propiciado como necesaria para España. Furibundo antimonárquico, se manifestó con extraordinaria dureza en los juicios sobre Alfonso XIII. En la

guerra civil se mantuvo en la línea de defensa de la causa republicana. Feció al finalizar la contienda.

Ahora.—Impreso en huecograbado, destacó por la calidad de su información gráfica y sus interesantes reportajes. Fue fundado en 1930 por Luis Montiel, buen conocedor de las exigencias de lector de periódicos. Frecuentaron sus páginas las firmas de Unamuno, Valle Inclán y otros destacados escritores. Llegó a tirar 150.000 ejemplares. Durante la guerra civil se publicó como órgano de las Juventudes Socialistas Unificadas.

También en 1930 fue creado, con la pretensión de hacerlo diario, el semanario «La Tierra», republicano de extrema izquierda. Manuel Azaña llegó a calificarlo de libelo. Fue su director Salvador Cánovas Cervantes, popularizado por Benavente como «Nini», ya que no era ni lo uno ni lo otro. Fuertemente influenciado por los anarquistas; jamás, ni en la paz ni en la guerra, trató un tema con talante moderado.

Mundo Obrero.—Otro semanario de 1930. El 14 de noviembre de 1931 se convierte en diario. Comunista, pasó también por el trance de la suspensión gubernamental. El 24 de julio de 1936 comenzó una etapa en las incautadas instalaciones de «El Debate». Periódico batallador, poco respetuoso con la ética periodística. Guillermo Cabanellas dice de él: «Fue un engendro machacón de mal dosificada propaganda dogmática, venida de Moscú, a la que tan poco afectos eran los españoles. No tenía ni la galanura de estilo de “El Socialista” ni la ulterior combatividad ágil de “Claridad” ...» (G. Cabanellas, «La guerra de los mil días»).

Claridad.—Diario vespertino socialista al servicio de Francisco Largo Caballero. Su director, Luis Araquistain le confirió sistematización y estilo ágil en los comentarios. En los primeros números incitaba a la revolución armada contra la burguesía y el capitalismo; después urge la creación de milicias del pueblo «hasta en las aldeas más recónditas». Se mostró extremadamente combativo y duro en la guerra civil.

El Socialista.—Fundado en 1886 como semanario, se convirtió en diario en 1913, Pablo Iglesias lo situó en una línea ejemplar de rigor doctrinal y calidad literaria. Buenos profesionales y estimables colaboradores contribuyeron a su prestigio. Fue dirigido por Julián Zugazagoitia, ex seminarista, escritor de esmerada corrección. En principio fue decidido defensor del régimen republicano que luego combatió. Estuvo suspendido mas de catorce meses por Alejandro Lerroux a consecuencia de su implicación en la revolución armada de octubre de 1934, y en su lugar salió «El Pueblo». También sufrió suspensiones en la guerra civil y desapareció con la derrota republicana. Julián Zugazagoitia fue fusilado.

El Sol.—El Diario preferido por los intelectuales. Fundado en 1917 por Nicolás María de Urgoiti. Su primer director, Manuel Aznar que entonces

contaba veintiún años; le sucedería Félix Lorenzo, el famoso «Heliófilo» de «Charlas al sol». Alcanzó gran popularidad el dibujante Luis Bagaría. El 15 de noviembre de 1930 publicó el artículo de José Ortega y Gasset «El error Berenguer» que influyó en la caída de la monarquía. A pesar de que desde marzo de 1931, depende económicamente de un grupo de prohombres monárquicos, «El Sol» termina inclinándose por el régimen republicano. Se libró de la incautación en la guerra civil ya que se manifestó combatiente a favor del gobierno. Suspendido por los triunfadores. En sus talleres de Larra, comenzó a publicarse, ya como diario, «Arriba».

La Voz.—La misma empresa de «El Sol» creó en 1920, este periódico vespertino, de características contrapuestas en algunos aspectos. Cuando era dirigido por Enrique Fajardo, logró la mayor tirada de todos los de España. Como «El Sol» contó con un buen dibujante, Manuel Tovar. Populachero en la selección y tratamiento de la información y comentarios. Republicano, murió con la República.

La Nación.—Vio la luz en 1925 como órgano de la Unión Patriótica fundada por el general Primo de Rivera. Se encomendó la dirección a Manuel Delgado Barreto, uno de los destacados periodistas canarios llegados a Madrid por aquellos años. Incisivo y mordaz polemista, Delgado Barreto hizo del periódico un irreductible defensor de la Dictadura y enérgico debelador de la causa republicana. Suspendido en más de una ocasión, fue incendiado en mayo de 1936. Delgado Barreto murió asesinado el mismo año.

Informaciones.—Fundado en 1930, al año siguiente pasó a ser propiedad de Juan March. Periódico vespertino, derechista, fue dirigido por Juan Pujol. Aunque al principio aceptó el cambio de régimen, después se caracterizó por una postura radical contra la República. En julio de 1936 es incautado y convertido en socialista, adscrito al grupo de Indalecio Prieto. Antonio Gascón se encargó de dirigirlo. El triunfo de los nacionales lo devolvió a su dueño y a su ideología derechista.

Dada su escasísima clientela y nula influencia, bastará con citarlo: «El Diario Universal», del conde de Romanones.

El Diario de Madrid.—Corta vida (1934–1935) tuvo este diario republicano independiente. Dirigido por Fernando García Vela, contó en su plantilla de redactores con Francisco Lucientes un periodista de larga trayectoria profesional.

LAS REVISTAS

Desaparecida la Dictadura, la política de cada día ocupa los diarios. Los diversos géneros literarios buscan asilo en las nuevas revistas creadas

con más entusiasmo que medios; por ello la nota común es la cortedad de su vida. Antes de reseñar algunas de las más notables, bueno es recordar como ejemplo de bien hacer, la ya entonces veterana «Revista de Occidente» que mantiene su elevado tono y periodicidad, dirigida por el fundador don José Ortega y Gasset.

El día primero de mayo de 1931, Ernesto Giménez saca el último número de «La Gaceta Literaria»; pasados unos meses, funda, dirige, escribe y edita «El Robinsón Literario»

En junio de 1931, el inquieto José Bergamín publica el primer número de «Cruz y Raya». Revista de afirmación y negación. Aunque se confiesa católica, da cabida a trabajos de autores que no lo son. En los títulos de las numerosas secciones fijas («Criba», «El espejo vivo», «El clavo ardiendo», «El ruido y las nueces»...), brilla la habilidad de Bergamín en el juego verbal. Publica ensayos valiosos. Colaboran Xavier Zubiri, Gregorio Marañón, Karl Wosser, José María Cosío, Menéndez Pidal, Manuel de Falla... y cuantos figuraban entonces en la abundante nómina de notables. «Cruz y Raya» añadió unas páginas en color para significar el carácter curioso o raro de los textos. Dejó de publicarse a comienzos de la guerra civil.

«Los cuatro vientos». Sin nota de presentación sale el primer número en febrero de 1933 y sin una palabra de despedida, el tercero y último en junio del mismo año. No constan editor ni director, solamente el impresor, Aguirre. El sumario del primer número excita la curiosidad del lector: Federico García Lorca, «Oda al Rey de Harlem»; Luis Cernuda, «Unidad y diversidad» (prosa); Pedro Salinas, «Amor en vilo»; Dámaso Alonso, «Una Vía Láctea» (prosa); José María Quiroga Pla, «Puertas y arrabal del sueño»; José A. Muñoz Rojas, «Primera maravilla de los viajeros»; José Bergamín, «¿Adónde va Vicente?»; Gerardo Diego, «Romanticismo»; José Moreno Villa, «Patricio o Paco el Seguro» (Sainete en un acto de costumbres madrileñas y «yankis»). El segundo número contiene artículos de Unamuno, Jarnés, Altolaguirre, María Zambrano, L. F. Vivanco, L. Eulogio Palacios, Luis Rosales, Claudio de la Torre, Aleixandre, Marichalar y Jaime Torres Bodet. Y en el último, colaboraciones de Aleixandre, Bergamín, Lino Novás Calvo, M. Pérez Ferrero, Jorge Guillén y Federico García Lorca. Con firmas tan preclaras, ¿cómo cayó tan pronto una revista que, además, se presentaba excelentemente impresa?

En el mismo año de 1933, se publicaron «Hoja literaria», dirigida por Serrano Plaja, Sánchez Barbudo y Azcoaga; y «Eco» que pilotó Vázquez Zamora.

En 1914 Corpus Barga publica como director «Diario Mundo», semanario calificado como «republicano, intelectual y juvenil». El director escribe los editoriales; colaboran Ramón Gómez de la Serna, Américo Castro, Vázquez Zamora, Bergamín... La crítica literaria estaba encomendada

a Quiroga Plá; la teatral, a Antonio Espina, y la cinematográfica, a Eduardo Ugarte y Félix Ros.

Tampoco duró «Octubre», revista de la Asociación de Escritores y Artistas Revolucionarios, dirigida por Rafael Alberti. Contó con la colaboración de Luis Cernuda, Joaquín Arderius. Emilio Prados, Serrano Plaja, Sánchez Arcas y otros escritores correligionarios políticos del director. Algunos de ellos escribirían más tarde en «El Mono Azul», semanario comunista creado por el matrimonio Alberti-León y editado en los incautados talleres de «El Debate».

Dos revistas de signo contrario concitaron interés en aquella etapa republicana. De mayor talla intelectual, «Acción Española», creada por un grupo integrado por Eugenio Vegas Latapié, Ramiro de Maeztu, Víctor Pradera, Julián Pemartín, Emiliano Aguado, Joaquín Arrarás y Jorge Vigón. El primer número, que tiene la fecha de 15 de diciembre de 1931, incluye un editorial escrito por Ramiro de Maeztu, que obtendrá el premio «Luca de Tena». El autor repetirá el artículo como prólogo de su libro «Defensa de la Hispanidad». La revista de signo contrario «Leviatán» apareció en 1934 con el subtítulo «Revista de hechos e ideas». Se le dio periodicidad semanal: su director Luis Araquistain le procuró conocidas firmas socialistas.

Corta y muy complicada resultó la vida de las publicaciones jonsistas y falangistas. Un mes antes de la proclamación de la República, aparece el primer número de «La Conquista del Estado», creado y dirigido por Ramiro Ledesma Ramos; después de una suspensión por la censura, muere de este mal.

En octubre de aquel año, el único número de «El Fascio» fue recogido y destruido por orden gubernativa. El 7 de diciembre de 1933, primera salida del semanario «F.E.»; la última, el 19 de junio del año siguiente; Víctor d'Ors, Samuel Ros, José María Alfaro, y el inagotable Ernesto Giménez Caballero habían sido sus principales articulistas. El 21 de marzo de 1935, José Antonio Primo de Rivera saca a la calle el primer número del semanario «Arriba». Con el fundador y director colaboran Julio Ruiz de Alda; Rafael Sánchez Mazas, Manuel Mateo y Felipe Ximénez de Sandoval. Cuando llega al número 34, el semanario es suspendido por el Gobierno; en su lugar, se publica «No importa. Boletín de los días de persecución». «Arriba» reanuda su publicación, ya como diario, el 29 de marzo de 1939.